

Amor de verano

Leonardo Farias



Capítulo 1

Amor de verano

Se había enamorado de aquella adolescente en el verano del '89. Tenía once años pero se sentía capaz de conquistar a esa dulce joven de dieciséis que peinaba cabellera rubia y lacia. El niño estaba convencido porque la familia siempre decía que era un chico muy maduro para su edad. Sí señor, y eso lo iba a hacer valer. Aquel verano, todas las tardes, la rubia vecina se sentaba en el umbral de su puerta y dejaba a su caniche correr por la vereda, mear los árboles, ladrar a los vecinos y jugar con una pelota de tenis.. El niño la observaba desde la vereda de enfrente, la miraba separado por una inmensa pero angosta calle de adoquines, en el barrio de Villa Mitre. La admiraba con disimulo, como quien no quiere la cosa, mientras la tía Ana los observaba jugar a él y a sus primos. Un ritual que realizaban casi todas las tardes.

Durante todas las noches de aquel verano antes de dormirse jugaba y jugaba a que ella era su novia, que caminaban juntos de la mano, que andaban en bicicleta a más de 10 cuadras de distancia de su casa y hasta que la besaba en los labios. Desde la cama le daba rienda suelta a su imaginación hasta agotar la fantasía y agotar el tiempo de vigilia. Una tarde ya casi al final del verano el niño había decidido cruzar la calle y hablarle de cualquier cosa; del caniche, de la escuela, preguntarle si veía "Clave de Sol" en la TV. No sabía bien como pero estaba convencido que esa tarde tenía que cruzar la calle y encarar a la encantadora adolescente.

Cuando llegó la hora y salió con sus primos a la puerta un joven musculoso bajaba de un Fiat 147 azul – automóvil que jamás olvidaría - cerraba la puerta y en cuestión de segundos estaba besando y abrazándola como en las telenovelas de la tarde. Entonces el día soleado se hizo gris. Su corazón comenzó a latir a la altura de su garganta. Las rodillas se le aflojaron y entonces, como pudo, se lanzó a correr ante las miradas extrañadas y sorprendidas de sus primos menores. Corría y lloraba. Corrió varias cuadras y luego lloró sentado en cordón de una vereda, detrás de un auto, para que nadie lo viera. Paso allí rato largo, solo, hecho una bolita. Luego trato de calmarse, tenía que volver. Tomó fuerza y emprendió el regreso. Cuando llegó ante la reprimenda de su tía, entro a su edificio, subió las escaleras en unas cuantas zancadas, entró a su casa y se encerró en la habitación.

Esa noche no probó bocado. Su mama insistió pero fue inútil. Durmió con el estómago cerrado. No podía ser de otra forma después de semejante disgusto. Al día siguiente, y como de la nada para la familia, amaneció con 40 grados de fiebre. Sus padres no se explicaban que ocurría. Se asustaron. Su pediatra asistió a media tarde. Algún virus está incubando

vaticinó. Si sigue con fiebre me llaman ordenó y dio indicaciones: paños fríos, ducha y Novalgina. Todo esto solo atenuaba por momentos la temperatura.

El niño pensaba en la joven traidora. Lo había despreciado, había destruido su ilusión, no valoró su amor y de lo que él era capaz. Ingrata rubia que sin ningún prurito apretaba al musculoso frente a él, sin detenerse siquiera por respeto, por cortesía. No se lo perdonaría jamás, no señor. Jamás había sentenciado y se durmió con el enojo de todo el mundo bajo su almohada.

Al tercer día en la tarde, con menos fiebre por la Novalgina, con enojo y ahora también tristeza su mamá lo obligó a comer algo. Un churrasco con ensalada que le parecía grande como un costillar entero. Algo pudo digerir, el resto lo metió en una bolsa y lo tiró por la ventana de su habitación. Luego se quedó dormido. Cuando despertó, su primo más pequeño estaba a su lado mirándolo y rápido le dio una carta. Él le preguntó con curiosidad que era y el pequeño le respondió en susurro: una carta secreta de la vecina de enfrente. En la hoja de carpeta rayada que estaba dentro del sobre, la joven le decía que sabía que estaba enfermo y que deseaba que se mejorara pronto. Que cuando él sea más grande le iba a aceptar una salida. Que lo tenía en cuenta. Que se ponga bien y que no se enoje. Firmaba Romina y le dejaba un beso. Entonces reflexionó que eso de no perdonarla jamás era como mucho, por qué ser tan drástico. En un par de segundos cambió la expresión de su rostro, volvió a la normalidad. Esa noche comió todo lo que no había comido en tres días. La fiebre no volvió a subir y sus padres no lograban comprender lo que sucedía pero se aliviaron de ver el cambio.

El resto del verano pasó rápidamente y al comenzar las clases el niño se sentó en la tercera fila del aula, justo al lado de una compañerita nueva que venía de Córdoba. Se hicieron muy amigos y al pasar 2 semanas ya eran novios. Después de todo pensaba el niño, a Romina no la estoy engañando, esta es mi novia de primaria.